

SUPLEMENTO:

AUTOGESTIÓN

Jaramago, algo así como una experiencia autogestionaria.-

Cincuenta años atrás en la historia de este país, casi toda la oposición a la dictadura se decía autogestionaria. No sólo la CNT, que venía históricamente del proceso de colectividades de la Segunda República, sino que dicha denominación lo mismo la defendía la Unión Sindical Obrera o el mismísimo Partido Carlista, de la rama de Carlos Hugo de Borbón y Parma.

Era una palabra de moda entre las filas del antifranquismo, pero se fue diluyendo poco a poco durante la transición, dado que el modelo escogido, el de la economía de mercado y la supremacía del capitalismo como el sistema que consagró la Constitución de 1978, lo dejaban reducido a la anécdota y al régimen de cooperativas.

En la teoría clásica, la autogestión era un paso paralelo a la toma del poder político y de los medios de producción. Nada que hacer en el clima progresivo de la época, entre los Pactos de la Moncloa y el miedo cerval a la involución reaccionaria que propiciaron los diversos intentos de golpe de Estado.

Al concepto de autogestión tradicional, tras el ingreso de España en la Comunidad Económica Europea y en la OTAN, solo le quedaban pequeñas rendijas, experiencias de colectivización que fueron suscitándose en el ámbito agrario, en colectivos urbanos o en parcelas tan determinadas como las de la cultura.

En este último aspecto, en la capital gaditana, hacia 1977, surgieron una serie de publicaciones que se decían contraculturales y en cierto sentido lo eran. He ahí el caso de “Jaramago”, “Libre Expresión” o “Quillo”, entre otras muchas, similares a las que fueron apareciendo en otros lugares del Estado y en la propia provincia –ese fue el caso de “Goma”, “Aisira” o en el Campo de Gibraltar--. No se trataba, en ningún caso, de operaciones lucrativas sino voluntaristas, pero que, con algunas diferencias, practicaban una cierta autogestión, a veces exenta de ideología pero fruto del pragmatismo.

En el caso de “Jaramago”, promovida fundamentalmente por Rafael Marín, y en la que militamos, entre otros, los malogrados Juan Andrés Mateos, Carlos Forné, Guillermo Montes Cala o Ana Sánchez, o, entre quienes han tenido cierta relevancia pública, Fernando Santiago, Manuel Jesús Ruiz Torres, Antonio Anasagasti o yo mismo. En sus filas, cabían marxistas, andalucistas, socialdemócratas, o, simplemente, despistados. Pero también libertarios vocacionales, como Leo Hernández, o científicos, como José Ángel González, que militaba entonces en la Federación Ibérica de las Juventudes Libertarias.

Se trataba de crear algo más que una revista: un colectivo de agitación cultural y social que lo mismo publicaba relatos de Fernando Quiñones que proclamaba contra la represión policial que siguió a las primeras huelgas del sector naval en octubre de 1977. De aquella experiencia, surgieron festivales culturales, recitales al aire libre, performances, representaciones teatrales y toda una gama de provocaciones, tanto al deteriorado clima del postfranquismo como a los usos y costumbres de la progresía que empezaba a instalarse en el poder. Todo ello, dicho sea de paso, de una manera ingenua y sin demasiada calidad en sus logros, pero con un entusiasmo juvenil al que le debo una larga melancolía.

“Jaramago”, que este año habría cumplido 45, planeaba sus acciones en régimen asambleario –en azoteas de los pisos obreros de Ruiz de Alda--: allí se decidían desde los contenidos de la revista a las convocatorias culturales de la época, que incluyeron el único homenaje que se tributó en Cádiz al cincuentenario de la Generación del 27 o 24 horas con la Cultura, de la mano de Luis Miguel Urbán, padre del actual eurodiputado de Podemos, que por entonces residía aquí y militaba en la

Liga Comunista Revolucionaria.

La base de nuestra economía de guerra era la propia revista: sus ventas aportaban fondos para el número siguiente o para propiciar actos públicos que, ocasionalmente, se nutrían de la taquilla. Nadie se planteaba que aquello fuera a convertirse en una forma de vida laboral. Era pura militancia, quizá porque estábamos acostumbrados a la precariedad, vivíamos aún con nuestros padres o estudiábamos con beca o sin ella.

Para publicar la revista, recurriamos a quienes dispusieran de multicopista, desde la UGT –nos la cedió el también desaparecido Alfonso Perales, a cambio de que tan sólo buscáramos los folios necesarios para ello--, a la propia delegación provincial del primer ministerio de Cultura, surgido de las primeras elecciones democráticas de 1977. La vendíamos en la calle, fundamentalmente, en la Plaza del Mercado, logrando una amplia red de simpatizantes, no menos de treinta jóvenes que se sentían integrantes de aquel proyecto y que también colaboraban en la organización de eventos. Aquella fórmula era sostenible pero nuestro mayor error fue cambiar el proceso de producción y recurrir a los servicios de una imprenta, cuyos elevados costes dieron al paio con el proyecto. Los costos de impresión nunca terminamos de abonarlos y nuestra vida transcurrió por otros caminos. Eso sí, durante largo tiempo, procuramos no cruzar por delante de la puerta de la imprenta a la que dejamos una deuda considerable y un sueño moribundo.

Aquel país ya no estaba para inventos semejantes, por más que algunos de los nuestros –Rafael Marín, Miguel Martínez, Ángel Olivera, entre otros—se embarcaran en la aventura, también en Cádiz, del primer fanzine de cómics en Andalucía: McClure, con un solo y heroico número. Yo tuve que trasladarme, por trabajo, hasta Algeciras y allí intenté poner en marcha una aventura similar, “Cucarrete” y el Colectivo del Sur--, pero ya nada era lo mismo.

Lo mejor no sólo son los recuerdos, sino aquel largo ejército de muchos voluntarios: entre ellos, entre muchos, Joman Ales, Alfonso “Troglo” y Loli –que aún siguen juntos--, Angela Muñoz, Juan Mariscal, Mari Ángeles Montes, Manolo Chulián, el ciento y la madre. Todos quienes estuvimos allí sabemos el significado de la palabra inolvidable.

Juan José Téllez Rubio

Tagarninas

Tagarninas es un grupo de consumo del casco antiguo de Cádiz formado por unas 10 o 12 familias que reciben, cada dos semanas, cajas de verduras y frutas ecológicas producidas por cooperativas del entorno.

Pero ¿Qué es un grupo de consumo? Básicamente es un grupo de gente que se organiza para adquirir conjuntamente productos ecológicos o artesanales dirigiéndose directamente a quienes los producen.

Hay muchas experiencias y formas de grupos de consumo extendiéndose en Europa desde los años 70. Desde familias que se juntan para comprar grandes cantidades de algún producto a granel (garbanzos, harina, aceite, etc) hasta cuasi-cooperativas integrales que han ido incorporando a los alimentos productos de limpieza, muebles, ropa.... servicios, mercados sociales, ¡hasta vivienda!. En general se busca poder consumir de otra manera, al margen del mercado dominado por los grandes distribuidores. Consumir estableciendo relaciones directas con quienes producen comporta, además de otros beneficios, unos valores éticos diferentes a los del Supermercado, tan relacionado con la explotación, la injusticia y el daño ambiental. Desde el grupo de consumo tratamos de satisfacer nuestras necesidades cuidando de la tierra y de quienes la trabajan.

Nuestra principal proveedora es la Cooperativa La Verde, de Villamartín. Esta entidad es una de las pioneras de la agro-ecología andaluza. Desde los años 80 tiene un sistema de distribución directa a consumidoras de varias poblaciones mediante cajas cerradas de los productos que va dando la huerta. El precio también es cerrado: 20€. En Tagarninas nos organizamos por chat para la demanda, pago y recepción de estas cajas. Alguna vez al año tratamos de vernos en persona para poner cara a las nuevas incorporaciones que se van sumando, fundamentalmente, a través de vínculos personales y de vecindad.

Desde nuestra fundación en 2007, mucha gente ha pasado por Tagarninas. Decenas o más de 100 hogares que han pasado por la experiencia de alimentarse de otra manera, más justa, más sana y más responsable. Es nuestra forma de hacer en la búsqueda de un horizonte de Soberanía alimentaria. También en ciertas épocas, además de lo alimentario, realizamos actividades de orden político o cultural como campañas contra los GMO, actividades culturales, excursiones, etc.

Cualquier persona o grupo de personas puede poner en marcha un grupo de consumo como el nuestro. Sólo tiene que ponerse en contacto con La Verde de Villamartín y ahí le informarán. De todas formas, si quieres que te demos más detalles o te apetece probar, puedes encontrarnos si preguntas en la librería La Clandestina, de Cadi-cadi.

Grupo de Consumo Tagarninas

Recorrido histórico de espacios colectivos autogestionados en Cádiz.

En este artículo vamos a hacer un recorrido histórico de los distintos espacios colectivos que se han autogestionado en la ciudad de Cádiz. Todo empieza en las navidades del 2003 cuando se abre en la zona franca el proyecto denominado como “La Fábrika”. Aunque el comienzo no fue muy bueno, ya que, la fiesta de inauguración coincidía con fin de año y la policía multo al colectivo por celebrar un “cotillón ilegal” fue en este periodo cuando comenzó a rodar el proyecto. La primera multa hizo que la gente se juntara más y arrimara el hombro para conseguir dinero para pagarla. El Centro Social Autogestionado “La Fábrika” duró dos años en la zona franca, en el 2005 se traspasó al casco antiguo de la ciudad, más concretamente a la Plaza de la Cruz Verde, donde duró hasta el 2010. Fue un espacio de encuentro, de funcionamiento asambleario y participación ciudadana. Hay que comentar que como precedente de espacio libertario existió en la década de los noventa el Ateneo Libertario “Germinal”. La Fábrika sufrió dos multas considerables que hizo que la gente se uniera más para conseguir el dinero. Después de La Fábrika vino la peña cultural “El Temporal” donde se fusionaba gente de La Fábrika y gente de Akople lokal, un colectivo que gestionaba actividades musicales. Un aspecto interesante con respecto a este espacio, El Temporal, es que se autodenominaba como peña, no como centro social, por lo que las actividades y la filosofía del colectivo era más de carácter interno que pensado a abrirlo al barrio y a la gente en general.

En junio de 2011 con el respaldo de la fuerza que generó el movimiento del 15-M se ocupa el edificio de Valcárcel y por consiguiente toda la energía se centraliza en este proyecto por lo que se cierra “El Temporal”. Valcárcel fue un crisol de participación ciudadana, colectivos, asociaciones y vecinos se implicaron en reparar, reconstruir, mantener y dar vida a este espacio tan amplio. Hubo actividades de todo tipo: gimnasio, reparación de bicicletas, ensayo de agrupaciones de carnaval y grupos de música, charlas, conferencias, comedores populares y un largo ect...En enero del 2012 fue desalojado, imputando a seis personas las cuales fueron liberadas más tarde.

Tras el cierre de Valcárcel quedó un vacío en la ciudad de Cádiz. Por lo que se decidió ocupar un recinto en la calle Manuel Rances en el casco viejo de la ciudad, denominado como Centro Social Okupado “La Higuera” que se desarrolló sobre todo en el año 2013. Pero fue desalojado a principios del 2014, sin repercusión legal ninguna. Y es a comienzos del 2015 que se decide abrir el Centro Social Autogestionado “La Enredadera”, donde coincidieron gente de La Fábrika, La Higuera, Akople lokal, Valcárcel y Brigadas Amarillas. Con el tiempo se fueron desmarcando de La Enredadera distintas personas pertenecientes a distintos colectivos, quedando así solo la gente de La Fábrika y Akople Lokal. Por otra parte un grupo de personas con ideas políticas afines montaron otro centro social paralelo llamado “Barrio Abierto” que duró unos años: desde el 2016 hasta el verano del 2021 y que se situaba en las Puertas de Tierra, más concretamente en la zona de “Los porches”.

Actualmente este centro social La Enredadera sigue funcionando y dando vida a la ciudad. La diferencia entre La Fábrika/La Enredadera y Valcárcel/La Higuera, es que los dos primeros se fundamentan en el alquiler de un local y por lo tanto la energía del colectivo se centra en conseguir pagar un alquiler, ya sea a través de cuotas o a través del dinero que se saca en barra. Sin embargo en Valcárcel y La Higuera el espacio es ocupado por lo que el tema económico no es un problema, sí lo es la situación legal del recinto y el correspondiente desalojo por parte de las Administraciones que reclaman el espacio. Hasta aquí podemos decir que son diecinueve años de experiencias colectivas, de espacios de encuentro y transformación, de asambleas y apoyo mutuo. Y lo que aun nos queda.

Roberto Ferrer

10 Años de autogestión en el SPA Maravillas.

El Solar Polivalente autogestionado Maravillas tuvo abiertas sus puertas mas de 10 años en la calle Antonio Grilo 8, a escasos metros de la Gran Vía madrileña.

Se trataba de un espacio abierto a la ciudadanía, asambleario, horizontal y autogestionado por un grupo de vecinas, y que el Ayuntamiento de Madrid en su versión más extremo-derecha se encargó de desalojar con la excusa de un centro de salud, así termino soldando sus puertas para convertirlo nuevamente en un solar vacío lleno de escombros y basura tal como lo encontramos cuando se okupo en 2010.

La autogestión clave para realizar talleres, charlas, conciertos, certámenes de poesía, ludotecas infantiles, la piscina en verano, el campeonato de ping-pong, etc. Compartir entre todas nuestros saberes y sapiencias, y aportar cada una nuestro trabajo, tiempo e ilusión: desde un monologo de Alberto San Juan o un grupo de cuerdas, de un concierto de La Partida o Alicia Ramos, a cursos de lengua de signos, presentaciones de libros o talleres de ganchillo, de jornadas de autodefensa feminista o veladas de tango o un mercado agroecológico...

Esto fue lo que los poderes facticos no soportaron nunca, un espacio okupado fuera de su capitalismo y lo desalojaron, como a otros muchos, por no ser parte de su sistema liberal, individualista y consumista.

Por ejemplo, había cine de verano cada jueves al atardecer, donde incluso directores y guionistas de las películas proyectadas se acercaban a realizar un cinefórum con las vecinas y al no haber toma de luz en el espacio, se llevaba un cable con el enchufe por la acera hasta el locutorio de al lado, al que se le abonaba una cantidad por la luz de proyector ¡que la precariedad no nos paralice, creatividad ante todo!

El huerto urbano, que daba un poco de oxígeno a un barrio tan céntrico con tanta plaza dura y contaminación, comenzó regándose con agua que bajamos las vecinas e incluso se llevo a tirar una manguera desde un balcón de edificio de enfrente para llenar unos depósitos que otra vecina había regalado, ¡viva la autogestión, la ayuda mutua y la solidaridad!

El mantenimiento del espacio y sus mejoras se hacían cada cierto tiempo programando “sábados y/o domingos rojos”, donde se iba a trabajar construyendo un tejadillo, haciendo bancales o terminando un banco de piedra.

La financiación económica era necesaria para el pago del baño portátil, recursos contra el desalojo, materiales, etc., y se conseguía haciendo fiestas con garbanzadas, paellas o barbacoas homologadas que los asistentes pagaban con precios populares o la voluntad.

La contra de la autogestión en un espacio okupado se puede encontrar si no se logra abrir bien el lugar al resto del barrio, y por tanto no se hace participe a toda la ciudadanía y no lo sienten como propio, no solo en el disfrute sino también en la toma de decisiones, lo que puede provocar rechazo en las vecinas, denuncias y falta de actividades y participación.

Otra posible desventaja puede ser la parte económica, que por ejemplo en nuestro caso en el momento del contencioso administrativo contra el Ayuntamiento se necesiten más dinero de golpe y puede ser difícil de lograr si no se ha tenido en cuenta una hucha de resistencia.

También el desgaste de las personas más implicadas, que, si abandonan sin que haya transición y aprendizaje por parte de los relevos, puede ser que tambalee el proyecto, por lo que es importante

contar con esto y asegurarse un relevo y una correcta distribución de las tareas sin individualismos ni egos.

En Cádiz milito en la Colectiva Feminista Jarana, otro ejemplo de autogestión que, aunque no lo parezca tiene muchas cosas en común con la autogestión de un espacio sea o no okupado. En la parte de ventajas fomentando la creatividad, las sinergias, las redes de ayuda mutua y la interacción con otros colectivos de la ciudad. Y tal vez los “contras” sean más marcados cuando ocurren y complican más la estabilidad del proyecto por tratarse de un grupo humano no muy numeroso sin espacio propio para realizar las actividades y/o asambleas.

En resumen y en mi opinión, la autogestión de los espacios sea o no okupados, es una tarea dura en muchas ocasiones, pero muy gratificante, que aporta mucho y hace dar a las personas lo mejor de sí mismas cuando creen en el proyecto, además de despertar la creatividad e imaginación para saltar los obstáculos que vayan surgiendo, con la satisfacción de no estar a expensas de las decisiones de terceros.